

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Middlewick

---

por

Eric Sabol

El soldado levantó la antorcha y se inclinó hacia adelante con un crujido de cuero. Estaba tan concentrado en la inspección que sus ojos parecían dos ranuras. Bajo la luz de la llama, las sombras danzaban sobre el huerto, retorciéndose y transformándose entre los arbustos como apéndices oscuros que huían de la luz de las estrellas. Sobre su cabeza, el viento —empecinado y extrañamente helado para esos días de principios del otoño— luchaba por meterse entre la maraña de ramas y hojas y empujaba suavemente a los siete cadáveres que colgaban de la soga.

Se quedó varios minutos inmóvil junto a los pies ensangrentados del viejo, que colgaba pesadamente de un roble petiso. El resplandor de la antorcha oscurecía los contornos de la complexión endeble del cadáver y acentuaba su fragilidad esquelética; las rasgaduras de la ropa dejaban entrever manchas hepáticas, llagas abiertas, venas zigzagueantes y algo extraño entre los jirones de tela que se agitaban contra el pecho hundido del muerto. El soldado estiró el cuello. Con cautela, levantó una mano enguantada; la luz de la antorcha lo hacía bizquear mientras apresaba la tela entre dos dedos. Una vez que tuvo la tira bien aferrada, acercó la antorcha y, con la cabeza inclinada, tiró suavemente hacia abajo, siguiendo la intrincada trama de pliegues rojos que partían la piel del pecho del viejo y se extendían hacia abajo por el esternón, hasta el vientre y...

—Harringer —ladró un hombre desde el límite del bosque—. Deja de desvestir a los muertos.

El soldado giró, con la antorcha extendida, echando luz al sendero oscuro entre los árboles. El recién llegado sonrió burlón, las manos en las caderas; la armadura negra casi

lo camuflaba contra la arboleda oscura. Se adelantó escudado tras esa sonrisa —dos hileras de dientes blancos perfectos que se destacaban sobre un paisaje austero de arrugas profundas y barba incipiente— y tomó su lugar junto al soldado joven.

Harringer volvió a concentrarse en el viejo que colgaba de la soga.

—Stretvanger se volvió loco —dijo mientras volvía a estirarse para escrutar los arañazos del torso del viejo—. ¿Has visto lo que le hizo a este pobre tipo?

El hombre de la armadura oscura negó con la cabeza.

—No. Y tú tampoco deberías. Contacto prohibido, ¿recuerdas? Se supone que no podemos tocar estas cosas.

—¿Y por qué será? ¿Tú qué crees?

—No es asunto mío. —Se mordió el labio inferior mientras miraba pensativo el cuerpo anciano—. Stretvanger quiere que se desangren. No debemos tocarlos hasta que el jefe dé la orden, ¿entiendes?

Harringer asintió distraídamente la carne lechosa y húmeda del cadáver.

—Talló símbolos en el pecho y el vientre de este pobre hombre. —Se pasó la antorcha de mano y continuó con su examen.

—Les está drenando la sangre gota por gota. Stretvanger fue muy claro. Los quiere secos como uvas pasas.

—Pero es raro, ¿no? Que les haya tallado símbolos...

El recién llegado se encogió de hombros.

—No más raro que tomar Middlewick por asalto y ordenar la ejecución de cuatro granjeros, dos taberneras y una partera sin razón aparente.

Harringer siguió el sendero de los cortes hasta el vientre del cadáver y comenzó a tironearle del pantalón a la altura de la cintura.

—Este no era granjero. Era florista... creo.

Le desató el cordón que hacía las veces de cinturón con una mano, le bajó los pantalones rasgados y examinó los cortes que le recorrían los dos muslos flacos. El nudo crujió contra la rama.

—Por todos los cielos, Harringer, hay un prostíbulo en Southfield. Termina tu ronda y te pagaré una vuelta con la que más te guste pero, por lo que más quieras, súbele los pantalones a ese pobre granjero.

—*Florista* —lo corrigió Harringer, mientras devolvía los pantalones destrozados a su lugar y volvía a ajustar el cinturón—. ¿Crees que Stretvanger habrá trinchado así a los demás cuerpos también?

El hombre carraspeó y lanzó un escupitajo enorme a los árboles.

—¿Quién sabe? Ese hombre es una montaña de secretos. Ya pasaron cuatro días, matamos a siete personas y no ha pronunciado una sola palabra de explicación.

Harringer hizo una breve pausa, la concentración lo hacía fruncir el entrecejo. De pronto se dio vuelta y se internó corriendo en el huerto.

—Harrin... —el hombre de la armadura oscura sacudió la cabeza y después salió tras el soldado hacia el corazón de la arboleda—. Maldición, Harringer, contacto prohibido, ¿recuerdas?

Cuando las pisadas dejaron de oírse y la luz de la antorcha de Harringer no era más que un destello entre los árboles, dos niños aparecieron tambaleándose en la oscuridad. Dalya e Istanten aguardaban en el camino, escuchando las voces de los

soldados, midiendo la distancia. Y entonces, con una tijera de podar escondida en la cintura, Dalya corrió hacia el cadáver huesudo del viejo que colgaba del roble.

—Tú vigila —le dijo a Istanten—. Yo lo bajaré.

El niño se presionó la garganta con dos dedos y emitió un gruñido ronco como forma de asentimiento.

Dalya sacó la tijera y la apretó entre los dientes. Pasó por debajo del cuerpo y caminó hasta el árbol para buscar buenos puntos de apoyo en el tronco. Los ojos de Istanten saltaban de la llama distante de Harringer al ascenso ágil de Dalya hacia la cima del roble, que pasaba de una rama a otra y se tambaleaba en su camino hacia el extremo anudado de la soga.

En el camino, la voz ronca del recién llegado retumbaba en el huerto.

Con un brazo aferrado a la rama, Dalya tomó las tijeras que tenía en la boca y se estiró para alcanzar la cuerda. Cortó con paciencia, y con cada abrir y cerrar de los filos, la soga se balanceaba y la rama crujía por el peso y el movimiento. La cuerda se fue deshilachando con el roce de la tijera y se soltaron las primeras hebras. Dalya siguió trabajando, cada vez más rápido ahora que la cuerda empezaba a deshacerse y el cadáver colgaba ladeado.

Istanten se presionó dos dedos contra la nuez y emitió un gruñido grave. Dalya se quedó inmóvil. El niño soltó un gorjeo tenso y se refugió rápidamente en las sombras. Ella oyó la voz de Harringer, todavía lejos pero acercándose por el camino.

—¡Istanten! —susurró Dalya, aferrándose fuerte a la rama.

El niño no respondió desde la oscuridad. Ella gruñó, rechinó los dientes y siguió cortando la soga. Vio la luz de la antorcha por el rabillo de ojo, los haces de luz ya

acariciaban la maleza y se desparramaban por el camino. Cortó con más fuerza, con los músculos del brazo en llamas y el aliento atrapado en la garganta. La cuerda se deshacía y cada vez sostenía menos el peso del cuerpo. Los pasos de Harringer ya estaban cerca; Dalya oía las hojas y las rocas que crujían bajo sus botas, el tintineo suave de las hebillas al caminar. Luchó furiosamente con la cuerda, rasgando una hebra tras otra con el acero frío de las tijeras, hasta que la voz de Harringer sonó en la oscuridad inmóvil.

—Eh, ¡tú! —llamó, agitando la antorcha.

Dalya giró la cabeza con cuidado, intentado enfocar la silueta del soldado detrás del fuego. El corazón le golpeaba con violencia contra las costillas. Intentó responder pero no le salieron las palabras, y se quedó aferrada a la rama en silencio durante varios segundos. Harringer avanzó hacia ella arrastrando los pies, con la mano izquierda apoyada sobre el mango de la espada. Dalya tragó con fuerza y respiró profundo para tranquilizarse.

Había muchos árboles de ese lado del camino. Pero si se soltaba de la rama, caía bien y salía corriendo hacia los matorrales del otro lado del camino, ella e Istanten probablemente lograrían desaparecer antes de que el soldado siquiera pensara en perseguirlos. Pero si llegaba a caer mal... si perdía el equilibrio y se torcía el tobillo...

Consideró otras opciones mientras la silueta de Harringer se acercaba. Paralizada por la indecisión, se abrazó a la rama y se quedó mirando cómo se acercaba el soldado hasta que casi llegó a la base de su árbol. Apretó la tijera y estranguló la rama con el brazo. Tensó el cuerpo y se preparó para saltar, pero Harringer siguió de largo. Dalya sintió el calor de la antorcha cuando pasó por su lado, y vio al hombrecito en el camino, a unos 40 metros, cuando la antorcha de Harringer lo iluminó en la penumbra del huerto.

—¡Señor! —voceó el soldado—. No puede estar aquí.

El hombrecito diminuto no emitió respuesta. Se limitó a sacudir la cabeza resignado, con las manos entrelazadas sobre el vientre, y miró a la joven que colgaba de una de las sogas. Harringer volvió a repetir el mensaje, apurando un poco el paso. El hombre señaló el cuerpo y sonrió con tristeza.

—Mi mujer —dijo.

Harringer avanzó con cautela y le dio unas palmadas en el hombro. Con suavidad, lo condujo fuera del huerto hacia la oscuridad.

Dalya expulsó un suspiro tembloroso. Desenterró las uñas de la rama y se colgó con ambas manos, el viento le alborotaba el pelo y la ropa. El cuerpo colgante giraba con la brisa y la cuerda emitió un quejido seco. Istanten salió trastabillando de los matorrales, hizo un gesto con la mano y señaló el cadáver.

—¿Qué? —susurró Dalya.

La cuerda se retorció y gimió y, con un restallido final, el cuerpo se desplomó en el suelo. La rama se sacudió violentamente y Dalya cayó sobre el cadáver. Istanten la ayudó a ponerse de pie y le dio un momento para recuperar el aliento antes de tomar al muerto por las axilas y arrastrarlo hacia la espesura.

Dalya volvió a guardarse las tijeras en la cintura del pantalón, se sacudió el polvo de la ropa y tomó al viejo de los pies.

—Cuidado con la cabeza —dijo, y juntos los dos niños internaron el cuerpo en el bosque para llevarlo a Middlewick. Ninguno de los dos emitió sonido mientras atravesaban los campos; el murmullo del río y el graznido de los cuervos fueron su única compañía en el medio de la noche.

## II

Dalya le quitó los harapos al cuerpo esquelético de su abuelo. Rasgó un pedazo de su camisa, lo mojó y, con dulzura, limpió la tierra que cubría la cara y el pecho del anciano. Limpió los bordes de las heridas que le recorrían el cuerpo —una serie de símbolos extraños que le habían tallado cruelmente en la carne— y después arrastró el cadáver frío a la habitación principal. El sol ya empezaba a salpicar el cielo de la mañana cuando Dalya lo metió en la cama y lo tapó con una sábana hasta el mentón cubierto de barba incipiente. Le dio un beso rápido en la frente y salió fatigosamente en dirección a la choza detrás de la cabaña.

Allí cambió las tijeras por una pala y se fue al bosque que lindaba con el pueblo (la aglomeración de árboles que había frente al huerto). Mientras atravesaba acres y acres de campos iluminados por la luz del crepúsculo con la mente en blanco tras la aventura de la noche anterior, la pala de su abuelo despertó su curiosidad. El anciano la había tenido durante años, pero siempre había sido más un adorno que un instrumento: la madera oscura del mango estaba decorada con jeroglíficos elaborados que se extendían hasta llegar a la base de la plancha de marfil. La plancha era estrecha y puntiaguda, exquisitamente grabada con tramas de flores y enredaderas.

Era una herramienta impactante y, en sus doce años de vida, Dalya nunca había visto que su abuelo la usara.

Encontró el claro justo cuando el sol aparecía sobre las montañas. Después de corroborar bien las medidas que había tomado —un metro ochenta de largo por un metro de ancho— clavó la espada en la tierra justo en medio de sus pies y removió la primera palada de tierra. Se pasó la mañana cavando en el bosque, cuidándose de no



romper ninguna raíz ni dañar la flora circundante, removiendo poco a poco la tierra, hundiéndose cada vez más en la tumba de su abuelo.

Al mediodía, paró para descansar. Se precipitó fuera del agujero, mechones de pelo adheridos a la frente, la cara y la ropa embadurnadas de tierra. Pasaron varios minutos. Se cargó de la brisa fresca del bosque, mientras intentaba recobrar las energías y meditaba al ritmo del canto de los pájaros. La sensación duró poco.

El sonido de pisadas apuradas y el crujir de las ramas con el peso le hicieron un nudo en el estómago. Se paró de un salto, la pala levantada para defenderse. Girando sobre el suelo alborotado, escrutó los árboles en busca de la fuente del sonido, las sombras movedizas y las ramas oscilantes la hacían parpadear sin cesar.

Istanten salió tambaleando de la espesura. Instintivamente, Dalya dio un paso atrás y recobró el equilibrio cuando estaba a punto de caer en el pozo.

El niño se agachó para recuperar el aliento, tomando aire con resoplidos entrecortados y guturales.

Dalya clavó la pala en la tierra y le apoyó una mano en el hombro.

—¿Qué pasó?

Todavía agachado y con el pecho a punto de estallar, Istanten la miró y señaló al oeste en dirección al pueblo. Con la otra mano, se presionó dos dedos contra la garganta y emitió un gruñido grave.

Ella se puso de cuclillas junto a él y le busco los ojos detrás del mechón de pelo empapado de sudor que se le pegaba a la frente.

—¿Encontraron a mi abuelo?

El muchacho no respondió. Se limitó a jadear y resollar con el dedo tembloroso todavía apuntado hacia Middlewick.

Dalya se levantó de un salto y se internó como un rayó en los matorrales. Las ramas y las enredaderas se le enganchaban en el pelo y en la ropa. Se tropezaba con las rocas y las raíces pero mantuvo el equilibrio en su carrera hacia el pueblo, casi sin notar su agotamiento y el fuego que le abrasaba los pulmones, y salió disparada del bosque hecha un revoltijo de jadeos entrecortados y extremidades agitadas. Saltó cercas y atravesó campos, levantado polvo a su paso. Con la cabeza baja, los brazos hinchados de sangre y el corazón desbocado, recorrió las calles tratando de esquivar personas, carros y carretas y bestias hasta que dobló la esquina que llevaba a la cabaña de su abuelo.

La calle estaba vacía. La cabaña estaba solitaria y silenciosa al principio de la calle. Una oleada de alivio la refrescó como la lluvia. Las piernas de Dalya se volvieron de trapo y la joven colapsó sobre el empedrado. Se quedó ahí sentada —una confusión de pelo y lágrimas y jadeos— mientras miraba la cabaña con una tranquilidad exhausta y maravillada.

De pronto, se proyectó una sombra sobre la calle, tan ancha y tan larga que Dalya pensó que las nubes habían cubierto el sol. Se dio vuelta con un nudo de ansiedad cada vez más grande en el estómago.

Stretvanger surgió amenazador sobre su cabeza, un hombre gigantesco como un roble envuelto en una sotana real. Tenía el rostro oculta en los pliegues oscuros de su capa pero el mentón cincelado le sobresalía como un bloque de roca del borde de un precipicio. La ropa suelta delataba la inmensidad de sus formas. Dalya estaba segura de que, estirado, el cinturón grueso y suave que le rodeaba el vientre era más alto que ella.

Detrás del colosal obispo, había una formación de varios soldados —entre ellos Harringer y su compatriota de la armadura negra—, tiesos en una postura estoica.

Stretvanger se inclinó y tomó con delicadeza el brazo de Dalya. El cuerpo le crujía y chirriaba al plegarse. Con un tirón suave, obligó a Dalya a ponerse de pie.

—Pequeña —dijo, y una impaciencia taciturna comenzó a colársele en la voz—.

¿Tu abuelo está en su casa?

Dalya se corrió un mechón de pelo de los ojos. La intensidad ardiente de la mirada de Stretvanger le minaba la confianza, y todo lo que consiguió fue negar con la cabeza. Cuando la débil respuesta no logró quebrar la mirada insistente, Dalya señaló el bosque occidental con un dedo tembloroso.

—Está en el huerto —chilló—. Donde ustedes lo dejaron.

—Una respuesta inteligente, pequeña, pero incorrecta. Tu abuelo se escapó anoche. —Los ojos del obispo se dirigieron brevemente hacia la puerta de la cabaña—. Pero estar muerto es una gran desventaja. Sospecho que no llegó demasiado lejos.

Tomó un poco de tierra de la manga sucia de Dalya entre dos dedos y escrutó las vetas de barro que le recorrían la túnica y los pantalones. Los labios se le curvaron para formar una sonrisa tiesa.

—¿Tú lo has visto?

—No, creo...

Stretvanger señaló la cabaña con la cabeza.

—¿Entonces podemos entrar a mirar un poco?

Dalya dio un paso cauteloso en dirección a la casa, fuera de la sombra monumental del obispo.

—No.

—¡Qué mala educación! —bromeó, y de la oscuridad de su capucha salió una risa melosa. Se volteó y le ladró una orden a la masa de soldados formados, que comenzaron a avanzar hacia la cabaña. Stretvanger los seguía y, a cada paso que daba, se tropezaba con la pequeña.

Dalya sintió que una oleada de furia y pánico le subía a la garganta.

—Esto... —empezó—. ¡Esto está mal! Lo que les está haciendo a estas personas... lo que nos está haciendo a *nosotros*... ¡está mal!

Stretvanger les ordenó a los soldados que se frenaran. Giró la cabeza y miró a Dalya por sobre el hombro.

—Las ovejas no necesitan conocer los motivos del pastor. No te preocupes. Estamos limpiando este país.

La agitación en su corazón se expandió y explotó en un estallido de ira que empapó sus palabras de un rencor amargo.

—Está equivocado.

El gigante se encogió de hombros. Farfulló:

—Los niños no deben opinar de política. —Y les dio la señal a sus soldados.

El aire zumbó con el tintinear del acero; los soldados invadieron la cabaña, tiraron abajo la puerta y entraron con las espadas en alto.

—Busquen en los armarios. Registren el ático. Miren en el cobertizo. El cuerpo está *aquí*, y lo quiero de vuelta.

La milicia atravesó la puerta en tropel.

—¡Sangre! —les gritó a sus espaldas—. El bastardo todavía sangra. Busquen sangre oscura y amarga.

Desde la calle, Dalya oía los ruidos de la porcelana rota y el chasquido seco de la madera astillada. Con los brazos cruzados y el sol en la espalda, Stretvanger observaba a sus hombres registrar la cabaña desde su lugar sobre el césped mientras se hamacaba rítmicamente sobre los talones.

Algunas gotas de sudor se abrieron camino hasta los ojos de Dalya pero la furia la había entumecido a tal punto que ni pestañó para disiparlas. La sal le provocaba ardor y le nublabla la visión, pero Dalya nunca perdió de vista al gigante de la sotana pesada que supervisaba el saqueo de la casa de su abuelo. Su casa. Se quedó escuchando mientras destruían su bóveda de recuerdos, su fuente de consuelo... el único lugar al que había sabido llamar hogar. Y tembló de ira.

Extrajo un adoquín puntiagudo de la calle. Con los dientes apretados y el ceño fruncido, midió la espalda de Stretvanger y, apretando la roca con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, avanzó hacia él, los ojos fijos en la zona que quedaba justo cinco centímetros por debajo del cinturón: el comienzo de la columna del gigante. Se movió rápidamente, sin demasiado sigilo, pues los pies pisaban fuerte sobre los adoquines, pero Stretvanger nunca se dio vuelta. Cuando ya estaba a un paso de distancia, Dalya alzó la roca, la aferró con fuerza y enfocó su objetivo.

Pero antes de que pudiera golpear, Harringer salió por la puerta dando tumbos. Tenía la espada envainada y los dedos llenos de cortes y astillas.

—Hemos encontrado sangre en las sábanas del anciano —dijo.

Los labios del obispo se abrieron levemente.

—¿Sangre? —La palabra retumbó por el prado como un redoble de tambor—. ¿Sí?

Harringer no miraba a Stretvanger a los ojos; prefería examinar el suelo que circundaba los pies del gigante. —Pero no hay ningún cuerpo. Hemos buscado por todos lados.

Dalya arrugó la frente. Soltó la piedra y se tambaleó hacia atrás. Stretvanger se quedó en silencio durante varios segundos antes de girar sobre sus talones y mirar a la niña. La deshizo con su mirada fría durante unos instantes tensos, sus emociones ocultas entre las sombras de su capucha, antes de tragar con fuerza y asentir brevemente.

—Bien —murmuró el obispo, y se fue hacia el pueblo empujando a Dalya a su paso.

### III

Finalmente, se fue el último de los soldados y Dalya se quedó sola, inmersa en un caos de ropa y baúles volteados a los pies de la cama vacía de su abuelo. Las sábanas, manchadas de tierra oscura, la envolvían como un capullo sórdido. Lloró, las rodillas apretadas contra el pecho, y examinó el desastre con ojos llorosos. Se pasó varios minutos acurrucada ahí, y cada tanto se daba vuelta para buscar la figura frágil del anciano en el catre. La huella estrecha de su cuerpo todavía estaba marcada en la cama, junto con la mugre y la sangre seca, pero el cadáver había desaparecido, como humo en la tormenta.

Un gato callejero chilló en la distancia.

Dalya se limpió las lágrimas con la sábana mugrienta y se puso de pie tambaleándose. Arrastrando los pies entre el desorden, fue hasta la ventana y corrió las cortinas. Lanzas tibias de sol se derramaron por la habitación y dejaron al descubierto los tenues espirales de polvo que vagaban inquietos. Sin pensar, caminó hasta los baúles del

rincón más lejano y empezó a acomodar la ropa adentro. Tenía la mente calma mientras trabajaba, los pensamientos atados en una inmovilidad tranquila, muda dentro de su cabeza. Juntó las cosas de su abuelo —viejas notas, algunos anillos deslustrados que nunca había visto— y las guardó cuidadosamente en los baúles que bordeaban las paredes.

En el rincón opuesto de la habitación, bajo un par de pantalones arrugados, Dalya recuperó el diario gastado del anciano. La tapa, oscura y ajada y áspera por el paso del tiempo colgaba intacta de unos hilos frágiles; las páginas se desprendían del lomo como cientos de lenguas amarillentas y quebradizas, y por primera vez Dalya vio los garabatos toscos bajo la cubierta arrugada del libro. La letra le parecía conocida, como los cortes en el cuerpo del anciano, pero el idioma era completamente desconocido para ella, palabras al azar y símbolos transcriptos con descuido en todas las páginas, sobre los márgenes, en casi todo el diario. Cerca de la contratapa encontró algunos bocetos, garabatos de flores o paisajes sencillos, pero nada que reconociera de inmediato.

El gato callejero chilló otra vez desde algún lugar junto a la puerta. El sonido de rasguños frenéticos y ahogados llegó a los oídos de Dalya. Apoyó el libro en el suelo, junto a los baúles, cruzó la habitación con cuidado y sacó la cabeza para examinar el pasillo.

—¿Hola? —llamó.

Durante un momento, la cabaña quedó en silencio. Después el maullido furioso volvió a empezar desde la cocina, junto a la sala. Se movió con cautela hacia el sonido y, un paso cuidadoso tras otro, llegó hasta la puerta de la cocina y pisó las baldosas frías del ambiente vacío. El suelo estaba lleno de fragmentos filosos de platos decorativos, y la

mesa donde comían estaba volcada y tirada contra una de las paredes. El chillido ansioso era más fuerte ahora. Más grave. Humano.

Dalya jadeó y corrió hasta la despensa. Apartó los toneles de arroz y papas caídos, metió los dedos por debajo de las tablas del suelo y levantó una sección. Debajo del suelo, en un hueco bajo la despensa, estaba Istanten; el niño la miraba con los ojos bien abiertos, húmedos, atascado bajo el cuerpo muerto de su abuelo.

Dalya sonrió.

—¿Estás atrapado?

Istanten gruñó y estiró la mano desde el fondo del pozo. Dalya se la aferró y, juntos, lograron liberarlo de su prisión bajo el peso del cadáver. El niño trepó y, con la manga, se limpió los rastros de lágrimas que le quedaban en la mejilla. Dalya se quedó asomada al pozo unos momentos mientras examinaba el cadáver magullado de su abuelo.

—¿Se... eh... se lastimó? —preguntó.

El niño puso los ojos en blanco y encogió los hombros mientras se apartaba el pelo de la cara. El anciano yacía desplomado de un modo extraño, con el cuello doblado y los brazos torcidos, en el cráter estrecho.

—Odio dejarlo así, pero creo que es el lugar más seguro.

Istanten gruñó para expresar su acuerdo. Dalya volvió a colocar el panel en su lugar y se escurrió por el lado de Istanten para dirigirse a la cocina.

—¿Te quedas de guardia?

Los ojos del pequeño se oscurecieron mientras sacudía la cabeza con furia.

Dalya asintió.



—Bueno. Pero tenemos que terminar la tumba. Esta noche. —Salió al pasillo y fue hacía la puerta.

Istanten refunfuñó por lo bajo y la siguió. Sus pasos resonaban en la casa vacía.

#### IV

Dalya sacó otra palada de tierra de la tumba y la tiró a un lado. La manos le temblaban, lo brazos le dolían. Un dolor insoportable le punzaba la canilla y los tobillos. Tenía los ojos hinchados y pesados, el cuerpo débil y frágil bajo el manto de hierro del agotamiento. El sol del atardecer se había escondido tras unas nubes oscuras y el bosque estaba cada vez más frío.

Istanten patrullaba el perímetro; le castañeaban los dientes y se le secaban los ojos con la brisa otoñal helada. Durante horas, vigiló la espesura en busca de sonidos o movimientos, acechaba la línea de árboles con los brazos metidos en el calor de su túnica.

Los niños no hablaron hasta el anochecer, cuando el zapato de Istanten se enganchó en una raíz. El niño se cayó de boca y se raspó la cara con las hojas muertas y las pequeñas piedras del piso del bosque. Después de liberar los brazos del interior de la camisa, Istanten se puso de pie rápidamente. Tenía manchas de tierra en las bolsas de los ojos, pero la luz de la luna dejaba ver su fatiga agonizante en la apatía de sus pupilas y la postura encorvada. Desde las profundidades de la tumba de su abuelo, Dalya sonrió y le extendió una mano temblorosa a su compañero. Istanten se tambaleó hasta el borde del pozo, le tomó la mano y la ayudó a salir.

Dalya clavó la punta de la pala en la tierra firme al borde de la tumba. Abrazó a Istanten y le besó la mejilla sucia.

—Te debo todo por ayudarme —dijo, mientras apoyaba todo el peso de su cuerpo en el de su compañero—. Ahora ve a casa. Duerme un poco.

Istanten se separó de su amiga, se presionó un pulgar contra la garganta y gruñó con amargura.

—No te preocupes —lo tranquilizó Dalya—. No hay nada más que hacer aquí. Ya hemos cavado suficiente.

Fue hasta el límite del bosque y se sentó con las rodillas pegadas al pecho para protegerse del frío.

El niño la examinó durante varios segundos mientras emitía un quejido grave que casi se confundía con el viento.

—Me voy a sentar unos minutos —dijo ella, y lo saludó con un gesto de la mano—. Tú vete. Te veré mañana.

Istanten se encogió de hombros, se dio vuelta y desapareció en la oscuridad arrastrando los pies, sus pasos pesados y exhaustos.

Durante un rato largo, Dalya estuvo sola, acompañada por la brisa y el susurro de las hojas. Estaba demasiado cansada para adormilarse, pero de todos modos cerró los ojos y descansó la cabeza contra la corteza rugosa de un roble, relajó las piernas y los brazos e, inconscientemente, se frotó los brazos para quitarse la carne de gallina. Contó los segundos para ayudarse a tranquilizar la mente. Ya estaba incursionando en los miles cuando una voz interrumpió sus pensamientos.

—Hace demasiado frío para dormir aquí afuera.

Dalya abrió los ojos sobresaltada. Se puso de pie de un salto, sus ojos iban de árbol en árbol, de rama en rama y de sombra en sombra. Vio la sonrisa primero, los dientes

uniformes e inmaculados que se destacaban contra la negrura del bosque. Cuando el hombre se acercó, se convirtió en un contorno, luego una silueta y finalmente —cuando ya estaba a un solo paso de distancia— una figura maciza cubierta de un metal negro como la noche.

Era el amigo de Harringer, el del huerto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le escupió Dalya. Las rodillas le temblaban bajo el peso del cuerpo.

El soldado pasó por su lado, la armadura rechinaba suavemente cuando se movía. Se quedó de pie en silencio al borde de la tumba con las manos en las caderas y examinó el pozo. Después de unos momentos, se sentó y suspiró con fuerza.

—¿Quién era? El anciano.

Dalya dudó. Congelada, miraba con los ojos bien abiertos la espalda del hombre.

Él la miró por sobre el hombro.

—El cuerpo que busca Stretvanger. ¿Quién era?

Sus miradas se cruzaron y compartieron un puñado de latidos tensos antes de que Dalya dijera:

—Era mi abuelo.

—Sin dudas, era *más* que eso a juzgar por el tiempo que hemos desperdiciado buscándolo. —Una ráfaga de viento violenta rugió en el claro. El follaje se sacudió sobre sus cabezas—. Era granjero, ¿no es cierto?

—Florista. —lo corrigió Dalya—. Era el florista del pueblo.

El soldado se quedó mirándola, la examinó en la oscuridad.

—¿Y qué más?

—Viajero.

—Ah, ¿sí?

Dalya asintió.

—Y carpintero —dijo, y en su voz se dejaba oír el comienzo del llanto—. Era narrador y tenía la risa fácil y amaba a los animales y se levantaba temprano...

Las palabras se le enredaron. Dalya inspiró profundo y entrecortado.

—Y era el único padre que tuve. Era un buen hombre y no se merecía lo que le hicieron.

El soldado de la armadura oscura volvió a darle la espalda, las piernas le colgaban de uno de los costados de la tumba.

—Un buen hombre. —musitó. Le hablaba al hoyo cavado en el suelo, casi a sí mismo—. Ya verás, pequeña, cuando crezcas te darás cuenta de que en nuestro reino nada es blanco o negro. Todo es de un color gris feo y confuso. Desde tu perspectiva, es un lugar donde se cuelga a los floristas buenos sin razón aparente, y los criminales visten sotanas reales y dan órdenes a sus subordinados.

Se puso de pie y la miró, clavando los tacos en el borde de la tumba.

—Pero la realidad no tiene tiempo para el bien y el mal —siguió—. A la realidad no le interesa tu perspectiva, ni la mía. Solo le importa la verdad, y tu abuelo, el narrador viajero de la risa fácil, murió con el corazón lleno de secretos. Y Stretvanger ha venido para asegurarse de que *sigan siendo* secretos.

—¿Y para eso necesitaba colgarlo del huerto y cortarle símbolos en el cuerpo?

—Ya aprenderás a no cuestionar al gigante de la sotana. Esos símbolos son un resguardo, una forma de asegurarnos de que los secretos de tu abuelo se queden en las sombras. Donde pertenecen.

Dalya tragó fuerte para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—¿Cómo me encontraste aquí?

—Te seguí. Cuando te fuiste de la cabaña. Tenía la esperanza de que me llevaras al cadáver.

—Lamento decepcionarte —dijo ella.

El hombre le dedicó una sonrisa resplandeciente. —Yo también lo lamento —respondió—. Porque tú sabes dónde está el cuerpo de tu abuelo y eso significa que tengo que llevarte de vuelta con Stretvanger. Y créeme: *eso* no es bueno para ninguno de los involucrados.

Estiró la mano para agarrarla.

—Ahora ven. Nos estamos quedando sin tiempo.

El pecho de Dalya se tensó. El cansancio la ahogó en un océano de pánico y ferocidad y, con un movimiento fluido, extrajo la pala ornamentada del suelo y la blandió. El borde filoso rozó la cara del hombre, desgarrándole la piel y separando la carne del hueso. El sonido del marfil contra el hueso resonó prístino por todo el claro; el soldado giró hacia un lado y se desplomó en la tumba vacía.

## V

Middlewick relucía como una linterna bajo el cielo oscuro, una linterna encendida con fuego y con los gritos de los agonizantes. Decenas de soldados se paseaban por las calles y los campos y las tierras de cultivo con las antorchas en alto y las espadas

desenvainadas. Ruegos desesperados y llamas chisporroteantes permeaban la noche helada mientras los soldados de Stretvanger rompían ventanas, destrozaban puertas e incendiaban casas. La gente del pueblo salía a la calle en masa, como ratas, aferrando a sus hijos y sus posesiones, yendo de un lado a otro en sus pijamas chamuscados en medio de la confusión.

La voz de Stretvanger resonaba en el caos como la llamada de un cuerno de guerra que ahoga el clamor de la batalla.

—¡Tienen cicatrices! ¡Busquen las cicatrices! —gritaba el obispo mientras ríos de gente pasaban por su lado e inundaban las calles—. ¡Busquen las runas y purguen sus cuerpos con las llamas! Si sangran, no están muertos.

Dalya se escabulló por los campos, el hedor del humo le hacía llorar los ojos. En cuatro patas, recorrió el pueblo entero, gateó a lo largo de todo el perímetro hasta que encontró la cabaña de su abuelo, la casa tras los pastizales. Recurriendo a las últimas energías que le quedaban en los músculos, corrió hasta la casa y se metió como un rayo por la puerta quebrada. Corrió a toda velocidad por el pasillo, se desplomó al entrar en la cocina y se revolcó torpemente entre los platos rotos. Sentía las piernas frías bajo el cuerpo y no tenía equilibrio para levantarse, así que avanzó lentamente hacia la despensa, decidida a salir de Middlewick reptando con su abuelo a remolque, si no lograba pararse.

Corrió los toneles de comida derribados, arrancó el panel suelto y se asomó al hueco. El olor a podrido le quemó las fosas nasales y la ahogó como una maraña de anzuelos. Un llanto violento le inundó el pecho y Dalya empezó a temblar.

El hueco estaba vacío. Se oía el eco de pisadas cautelosas en la casa.

—¿Istanten? —llamó, pero nadie le respondió.

Rebuscó entre los fragmentos esparcidos en el suelo de la despensa, descartando esquirlas de platos y trozos astillados de madera y cerámica. Dalya escarbaba en el caos en busca de un cuchillo o un tenedor o un fragmento de plato que le sirviera como arma para llegar a la puerta, pero se quedó paralizada en medio de la búsqueda cuando vio las tijeras de podar en el pasillo, después de la cocina.

Empapadas en sangre, de filo a mango.

Las paredes se iluminaron con la luz de una antorcha, y Harringer —el cuerpo doblado bajo el peso de la armadura pesada— se interpuso en su línea de visión y oscureció la despensa. El soldado se tomó un momento para examinarla bajo la luz, después se volteó hacia la cocina y gritó:

—¡La encontré! Está aquí.

Desde afuera, llegaban los ruidos apagados de una charla. Harringer le extendió la mano, pero Dalya retrocedió, acercándose al hueco vacío.

—¿Qué está pasando? —preguntó la niña, y las palabras le salían roncas y quebradas de los labios.

—Algo que nunca he visto —dijo el soldado. Tenía los ojos desorbitados y vidriosos de la preocupación—. Los otros seis cuerpos han desaparecido del huerto.

—¿Desaparecido?

—Se esfumaron. Sin dejar rastro.

—¿Y mi abuelo?

Afuera, alguien gritó. Los dedos de Harringer acariciaron la empuñadura de la espada. Volvió a mirar a Dalya y le extendió la mano por segunda vez.

—Tenemos que irnos.

Dalya se quedó mirándolo estúpidamente durante varios segundos con la respiración agitada e irregular.

—Creo que no me puedo poner de pie.

Harringer se le acercó y la levantó del suelo. Dalya le rodeó el cuello con los brazos mientras el soldado salía de la despensa y volvía a la cocina. Los restos de los platos y la vajilla crujían bajo sus botas. Apenas entraron en el pasillo, Stretvanger plantó una mano descomunal y nudosa sobre la pechera de Harringer.

—Bájala —rugió el gigante, que tenía el cuello ligeramente doblado para caber en la cabaña. Todo el frente de su atuendo estaba cubierto de manchas sanguinolentas y tenía un rastro estrecho de color carmesí que le bajaba de una oreja y ya empezaba a secarse.

Harringer dudó. Stretvanger le dio una bofetada que lo envió de vuelta a la cocina. Dalya se soltó del abrazo del soldado y cayó al suelo mientras la figura imponente del obispo se acercaba amenazante. El gigante metió una mano en la sotana y sacó una daga curva de entre sus pliegues. Sus dedos se aferraron al mango como cinco serpientes huesudas y, con un crujido de rodillas y columna, se inclinó hacia adelante para acercarse a Dalya.

Su aliento era como ceniza caliente sobre la cara de la niña.

—¿Dónde —susurró— está tu abuelo?

Dalya sacudió la cabeza.

—No... yo no...

Stretvanger perdió la paciencia y le cortó la mejilla con el acero frío. Dalya pestañó, las lágrimas se le acumulaban en las comisuras de los ojos.



—¡Muéstrame! —rugió, tomándola de la ropa y levantándola en el aire.

Con los labios abiertos y pálidos, Harringer miraba desde un costado de la habitación cómo el obispo sostenía un cuchillo sobre el cuello de Dalya.

La niña abrió la boca para hablar. Hizo el gesto con los labios y movió la lengua, pero no encontró las palabras.

—Regaré las flores de tu abuelo con tu sangre. —siseó Stretvanger—. Registraré los campos palmo a palmo. Borrare hasta el recuerdo de tu existencia si no me respondes.

—Yo... —El cuchillo le mordió la garganta y Dalya dio un respingo. Encontró la mirada inquebrantable de piedra de Stretvanger y vio en sus ojos que decía la verdad. Nada de trucos ni de engaños. Pero tampoco maldad. Lo único que vio Dalya fue terror, un miedo oscuro y urgente en las pupilas dilatadas—. El bosque. Hacia el este desde el molino encontrará un claro. Está ahí, en una tumba abierta.

Con su cuchillo de mano, Stretvanger señaló a Harringer.

—Ve —ladró, y el joven se fue apresuradamente por el pasillo hacia la puerta de entrada mientras gritaba órdenes a sus compañeros que estaban en la calle.

—Bájeme por favor —murmuró Dalya.

El obispo examinó la cocina. Sacudía la cabeza y murmuraba "No, no, no" a través de un sonrisa sutil mientras sus ojos escrutaban las paredes. Salió al pasillo y se adentró en la cabaña con Dalya, mientras abría puertas en el camino.

—Tú estás muy lejos de quedar exonerada, pequeña. Es *tu* desastre el que estamos limpiando.

Abrió la puerta del sótano; una serie de escaleras empinadas se internaban en la oscuridad impenetrable bajo la casa como una lengua áspera que emerge de una boca oscura.

—Volveré a buscarte pronto —prometió Stretvanger—. Charlaremos sobre el pecado de la mentira.

La oscuridad avanzó de golpe. Dalya se estrelló contra la escalera y cayó; el mundo le daba vueltas en su descenso vertiginoso por las escaleras. Un par de costillas rotas después, aterrizó en el suelo del sótano con un estruendo. La puerta en la cima de las escaleras era una línea delgada que se estrechaba cada vez más a medida que Stretvanger la cerraba y le impedía la salida.

A través de las paredes, oía los gritos ahogados de los vecinos mientras Middlewick ardía en la noche. Oyó el correteo de las ratas en los rincones del sótano. Oyó su propia respiración ronca, los gemidos agudos de dolor que emitía mientras se arrastraba hacia la mesa de trabajo de su abuelo, que estaba perdida en alguna parte en medio de la oscuridad.

Cuando la encontró, tanteó la superficie en busca de una vela. La apoyó cuidadosamente frente a ella y buscó ciegamente un pedernal entre las herramientas. Con la piedra en la mano, presionó la vela contra el suelo y raspó el pedernal contra el suelo. La oscuridad se pintó de una lluvia de chispas y, con los dedos dormidos, Dalya volvió a raspar una y otra vez hasta que la mecha se encendió.

El resplandor de la pequeña llama la obligó a entornar los ojos. Mientras se acostumbraba a la luz, se le derramaron algunos hilos de cera sobre los nudillos, pero después de unos segundos, levantó la vela y examinó el sótano de a poco.

La luz de la vela iluminó todos los rincones: la mesa de trabajo, los estantes, los cajones que estaba pegados a la escalera. La mente exhausta de Dalya casi pasa por alto al hombre anciano y reseco que estaba apoyado sobre la pared opuesta. Tenía unos rasgos familiares —la caída de los hombros, el nacimiento del pelo— pero estaba harapiento y raído, como si alguien estuviera usando la piel de su abuelo. Tenía los ojos de un color blanco lechoso que reflejaba el resplandor de la llama, y la boca le colgaba floja, como un trapo. Todas sus extremidades caían laxas, y se sobresaltó cuando ella lo miró.

Los latidos de Dalya le resonaban en los oídos.

La criatura gruñó y avanzó hacia ella. Tenía todo el cuerpo, desde el pecho hasta los muslos, cubierto con runas talladas sobre la carne. Dalya retrocedió con agilidad, pero le dolía hasta respirar. Desde la oscuridad salieron seis más; todos caminaban fatigosamente hacia ella y emitían sonidos inhumanos con sus bocas deformes.

—¿Abuelo? —chilló.

La vela repiqueteó contra el piso.